

hacerla un servicio y por cumplir mis deberes, no me perjudicará; espero que mis fieles avisos no contribuirán á mi ruina: suplico á vm....

— Descuide vm., pero suelte mi vestido. ¿Como se atreve vm. á detenerme? No hay que inquietarse, cuando no se acuerdan de uno.

En este momento abriéron la puerta, y un hombre de un porte magestuoso, embozado en su capa de color muy oscuro, entró en el salon.



CAPITULO VII.

Siendo la corte una mar,
Parece que la domina,
Que á su voz estan las ondas
Y borrascas sometidas.
Rocas, escollos y vientos,
Todo cede á su pericia:
A todo navío anega
O salva, segun sus miras;
Asi como el arco iris,
Que entre oscuras nubes brilla,
Con un vivo resplandor
Se presenta á nuestra vista;
Y tambien, como él, engaña
Tal vez la imaginativa.

Antigua Comedia.

EL asalto que la condesa habia tenido que sostener contra la obstinacion de Varney habia cargado su frente con una nube de disgusto y de confusion; pero se disipó para manifestar la alegría mas pura y el afecto mas tierno, cuando precipitandose entre los brazos del estrangero que llegaba, y estrechándole contra su corazon, gritó fuera de sí misma: — ¡Al fin!.... ¡al fin!.... ¡llegas ya!

Varney se retiró discretamente á la llegada

del conde. Juanita iba á hacer lo mismo, y su ama le ordenó por señas quedarse. Se retiró al fondo del salon, y permaneció en pié pronta á ejecutar las órdenes que le diesen.

Al mismo tiempo el conde, colmado de las caricias de su esposa, se las pagaba con una ternura igualmente afectuosa; pero trató de resistir cuando quiso ella quitarle la capa.

— Eso no, es preciso que te descubras, dijo sonriendose. Quiero ver si eres hombre de palabra, y si vienes vestido á lo conde ó como particular, segun acostumbras.

— Eres, Amy, como todas las mugeres, dijo el conde dejandose vencer en esta lucha cariñosa; la seda, las plumas y las joyas son mas para vosotras que las personas que con ellas se adornan. Pero hay muchas espadas que no valen sino por el mérito de su puño y su vaina.

— No sucede eso contigo, respondió su esposa, miéntras que cayendo al suelo la capa, descubrió vestidos que un príncipe creeria bastante brillantes para presentarse á la corte: tú eres el acero bien templado que desdeña los adornos exteriores que merece. No creas que Amy puede amarte mas con estos vestidos magníficos que con la levita oscura, cuando te dió su corazon en el bosque de Devon.

— Y tú tambien, dijo el conde conduciendo con magestad y gracia la hermosa condesa ácia la silla poltrona de lujo que estaba preparada, tú tambien, amor mio, tienes un vestido propio de tu rango, aunque nada puede aumentar á tus gracias encantadoras. ¿Tienen buen gusto las damas de la corte?

— Yo no lo sé, respondió ella, mirandose de paso al espejo. No puedo pensar en mí cuando veo tus facciones retratadas en ese espejo. Sientate ahí, añadió acercandose á la silla, como un ser que todos deben honrar y admirar.

— Pero vas á tomar á mi lado el sitio que te corresponde.

— No, no, voy á sentarme á tus piés en este taburete, para examinar mejor todo tu esplendor, y ver por la primera vez cómo se visten los príncipes.

Y con una curiosidad pueril que hacian disculpable su juventud y la vida retirada que habia pasado hasta entónces, y que le daba tanta gracia, porque se veia que era inspirada por el amor conyugal el mas tierno, se puso á examinar de piés á cabeza y á admirar el vestido del que era el principal adorno de la corte de la reina de Inglaterra, donde ni faltaban cortesanos galanes, ni sabios conse-

jeros. El conde miraba con afecto á su amable esposa, y gozaba de su aire de admiracion: sus nobles facciones manifestaban entónces pasiones mas dulces que las que anunciaban con frecuencia una frente elevada y unos ojos penetrantes y vivos. Se sonrió mas de una vez al ver con que sencillez le hacia preguntas sobre cada cosa que admiraba en su traje.

— Esta banda bordada, como tú la llamas, que rodea mi rodilla, le dijo él, es la charretera de Inglaterra, adorno que llevan los reyes mismos con orgullo. Mira, mira la estrella que le pertenece, y el diamante el Jorge, que es la joya de la orden. Ya sabes que el rey Eduardo y la condesa de Salisbury.....

— Conozco esa historia, dijo la condesa poniendose algo encendida; sé que la charretera de una dama ha llegado á ser el mas noble emblema de la caballería de Inglaterra.

— Tuve la dicha de recibir esta orden al mismo tiempo que tres de los mas nobles caballeros, el duque de Norfolk, el marques de Northampton, y el conde de Butlan. Era entónces el menos elevado en dignidad de los cuatro; pero ¿que importa? para subir á lo alto de una escalera, es preciso empezar por las primeras gradas.

— ¿Y este otro collar tan ricamente trabajado, en medio del cual hay una joya sus-

pendida en forma de carnero? ¿Que significa este emblema?

— Es la orden del Toison de Oro, instituida en otro tiempo por la casa de Borgoña. Estan anexos á esta orden grandes privilegios, porque el rey de España mismo, que ha heredado los honores y los dominios de esta casa, no puede juzgar á un caballero del Toison de Oro, sin el consentimiento y el concurso del gran capítulo de esta orden.

— Segun eso, es una orden que pertenece al cruel rey de España. ¡Ah, milord! ¿no es deshonar un noble corazon inglés, acercar á él semejante emblema? Acuerdate de los tiempos desgraciados de la reina María, en que ese mismo Felipe reinaba con ella en Inglaterra, y en que fuéron quemados los mas nobles, los mas sabios y los mas santos de nuestros prelados. Y tú, á quien llaman el campeón de la fé protestante, ¿puedes así resolverte á llevar la orden de un rey como el de España, de un tirano papista?

— Tú no sabes todavía, amor mio, que nosotros, que queremos ver nuestras velas infladas con el favor de las cortes, no podemos ni desplegar siempre la bandera que mas nos agrada, ni dejar de navegar bajo un pabellon que aborrecemos. Cree que no dejo de ser un buen protestante, por haber aceptado

por política el honor que me ha hecho la España confiriendome su primer orden de caballería. Por otra parte, y hablando con propiedad, pertenece á Flandes; y Egmont, Orange, y otros muchos, le ven con orgullo sobre el corazón de un Inglés.

— Tú debes saber lo que haces. Y este otro collar, esta hermosa joya, ¿á que país pertenece?

— Al mas pobre de todos: es la orden de San Andrés de Escocia, restablecida por el difunto rey Jacobo. Me le confiriéron cuando se creía que la jóven viuda María, reina de Escocia, se casaria con gusto con un baron inglés; pero la corona de un baron libre, de un baron inglés, vale mas que una corona matrimonial obtenida en virtud del humor fantástico de una muger que solo reina en las rocas y lagunas del norte.

Calló la condesa, y tal vez lo que acababa de decir el conde despertó en ella algunas ideas desagradables, aunque interesantes. El conde prosiguió:

— Ya, mis amores, tus deseos se ven satisfechos. Has visto á tu vasallo con el vestido mas brillante que podia ponerse, pues los otros de aparato y de grande ceremonia solo sirven para presentarse á la corte.

— Pues bien, dijo la condesa, segun se

acostumbra, un deseo satisfecho produce otros muchos.

— ¿Y que puedes tú desear, alma mia, que no esté yo dispuesto á concederte? preguntó el conde mirandola con ternura.

— Deseaba ver á mi esposo en este oscuro retiro, revestido de todo su esplendor: ahora quisiera encontrarme en uno de esos hermosos palacios, y verle llegar allí cubierto con la levita oscura que tenia puesta cuando ganó el corazón de la pobre Amy Robsart.

— Fácil es darte ese gusto; mañana volveré á poner la levita oscura.

— ¿Pero iré yo contigo á uno de tus castillos, para ver como la magnificencia de tus habitaciones se avendrá con vestidos tan sencillos?

— ¿Como? Amy, dijo el conde mirando á todas partes, ¿estas habitaciones no estan acaso adornadas con bastante lujo y brillantez? Habia dado orden de que las amueblasen de un modo digno de tí y de mí; me parece en efecto que pudieran estarlo mejor; pero dime que es lo que quieres cambiar ó añadir, y tu boca será la medida, luz de mis ojos.

— Te quieres reir á mi costa, sin duda: la magnificencia de esta habitacion es superior á mis deseos y á mi mérito. ¿Pero tu esposa no se verá revestida algun dia, pronto, del

lustre que no resulta ni del trabajo de los artesanos que decoran su habitacion, ni de las ricas telas y joyas con que tu liberalidad quiere adornarla, sino que es anexo al rango que debe tener entre las damas inglesas, como esposa del conde mas noble del reino?

— ¡Algun dia sí, Amy, sí, amor mio! llegará ese dia por cierto, y tú no deseas con mas ardor que yo que llegue cuanto ántes. ¡Con que gusto abandonaré los cuidados del Estado, las penas y las inquietudes de la ambicion, para pasar honradamente mi vida en mis dominios contigo, mi amiga y mi dulce compañera! Pero, Amy, ahora es imposible, y estas visitas secretas, estos instantes preciosos son todo lo que puedo dar á la muger mas amable y mas amada de todo su sexo.

— Pero ¿por que es imposible? dijo la condesa con el tono mas persuasivo: ¿por que esta union mas perfecta, esta union continuada, que deseas y que prescriben la ley de Dios y las humanas, no puede verificarse desde luego? ¡Ah! si lo deseases, la mitad solamente de lo que me dices, con el crédito y poder de que gozas, ¿que motivo, que persona podrian impedirte efectuarla?

Oscurecióse la frente del conde.

— Amy, dijo, hablas de una cosa que no

puedes comprender. Los que vivimos en la corte somos como el viagero que sube por una montaña de arena movable. No nos atrevemos á detenernos sino cuando alguna roca nos ofrece un terreno sólido: si queremos detenernos ántes, caemos impelidos por nuestro propio peso, y todo el mundo se alegra y se ríe al vernos caer. He llegado á un punto elevado, pero no estoy establecido en él aun con bastante firmeza para poder escuchar solamente mi gusto y mi inclinacion. Declarar mi casamiento, seria arruinarme. Pero, creeme, obtendré un lugar seguro, le obtendré pronto, y haré entónces lo que exige la justicia. Entretanto no emponzoñes la felicidad de que gozamos, deseando lo que es imposible lograr por ahora. Dime mas bien si estás aquí á tu gusto. ¿Se conduce bien contigo Tony Foster? Pienso que te tratará con el respeto debido; de lo contrario lo pagaria bien caro el bribon.

— Me recuerda algunas veces mi verdadera situacion, respondió la condesa suspirando; pero eso es recordarme tus deseos, y mas bien quisiera agradecerse lo que culparle.

— Te tengo dicho que es necesario permanezcas retraida. Confieso que Foster tiene un humor brusco, pero Varney me responde de su fidelidad y exactitud en servirme. Sin

embargo, si tienes la menor queja acerca de su conducta y modales, yo tomaré al punto mis medidas.

— ¡Oh! jamás me quejaré de que cumpla fielmente tus órdenes. Por otra parte su hija Juanita es la compañera de mi soledad, y la quiero mucho. Ese airecillo modesto de puritana le hace mucha gracia.

— ¿Es cierto? La que consigue agradarte debe ser recompensada. Ven aquí, Juanita.

Juanita que, como hemos dicho, se habia retirado por discrecion á cierta distancia para no oír la conversacion del conde y la condesa, se acercó haciendo una grande reverencia, y el conde no pudo menos de sonreírse del contraste que la sencillez de sus vestidos y su aire de devocion hacian con una cara bonita y unos ojos negros que centellaban con viveza, por mas que queria mostrarse muy seria y circunspecta.

— Debo estarte agradecido, hermosa niña, la dijo, pues esta dama está satisfecha de tus servicios; y sacando de su dedo un anillo de algun precio, se le dió añadiendo: Toma esta señal de la amistad que los dos te profesamos.

— Me alegro mucho, milord, respondió Juanita con modestia, de que lo poco que yo puedo hacer satisfaga á una dama á la que es imposible acercarse sin desear vivamente ser-

virla; pero en la congregacion del señor Holdforth nos abstenemos de llevar, como las mugeres mundanas, anillos de oro y collares de piedras preciosas, como las muchachas de Tiro y de Sidon.

— ¡Ah! ¡ah! eres de la cofradía grave de los precisianos, y no dudo que tu padre será miembro de la misma congregacion. Me alegro mucho de eso, pues sé que en vuestras reuniones elevais súplicas al cielo por mi prosperidad, y me sois adictos. Por otra parte, Juanita, no te hacen falta semejantes adornos, pues tus dedos son bonitos y tu cuello blanco como los lirios. Pero te daré en su lugar lo que ningun papista, ni protestante, ni puritano, ni precisiano, han rehusado jamás.

Al mismo tiempo puso en su mano cinco monedas de oro del cuño de Felipe y de María.

— Tampoco aceptaré este oro, respondió Juanita, sino con la condicion de emplearle en atraer la bendicion celeste sobre milord y milady.

— Empleale en lo que quieras, Juanita, y en lo que sea mas de tu gusto, y haz que nos sirvan la colacion.

— He convidado á Varney y Foster á cenar

con nosotros, dijo la condesa mientras iba Juanita á ejecutar la órden del conde. ¿He hecho bien?

— Apruebo todo cuanto es de tu agrado, Amy, y aun me alegro mucho de que les hayas dado esa prueba de consideracion, pues Varney me es sumamente adicto, es el alma de mis consejos secretos; y en cuanto á Foster, lo que está haciendo por mí exige que tenga mi confianza.

— Ahora, milord, tengo..... tengo que pedirte una gracia, y.... y tengo que decirte un secreto, añadió la condesa bajando los ojos.

— Mañana por la mañana, amor mio, hablaremos de eso, respondió el conde. Oigo abrir la puerta del comedor; y como he caminado con bastante precipitacion, necesito comer y beber alguna cosa.

Al decir esto condujo á su esposa al cuarto inmediato, en donde Varney y Foster los recibieron con muchas reverencias, que hizo el primero como cortesano, y el segundo con cierta gravedad religiosa como precisiano verdadero. El conde correspondió á los dos con la marcialidad de un hombre acostumbrado á recibir semejantes homenajes, y la condesa con un aire de ceremonia que hacia ver que aun no estaba todavía tan habituada.

El festin que se les habia preparado correspondia con la magnificencia del cuarto en que fué servido; pero no se presentó ningun criado, y Juanita sola sirvió á los cuatro convidados. Por otra parte, la mesa estaba tan abundantemente guarnecida y provista de cuanto era necesario, que no tuvo mucha ocupacion. El conde y la condesa se colocaron en la cabecera de la mesa, y Varney y Foster mas allá del salero, sitio destinado siempre á las personas de un rango inferior. Foster, encogido y acobardado de hallarse en una sociedad á la que no estaba acostumbrado, no despegó los labios durante la cena. Varney, con gran tino y discernimiento, tomó parte en la conversacion únicamente por sostenerla, como si no hubiera querido meter baza, y entretuvo el buen humor del conde constantemente. La naturaleza le habia dotado de todas las calidades necesarias para representar el papel á que estaba destinado, siendo de un lado discreto y prudente, y teniendo del otro viveza, talento é imaginacion. A la condesa misma, preocupada contra él por no pocas razones, no pudo menos de parecerle agradable su conversacion; y estuvo mas dispuesta que lo habia estado hasta entónces á aprobar los elogios que daba el conde á su favorito. Acabada la cena, el conde y su es-

posa se retiraron á su cuarto, y reinó en el castillo el más profundo silencio durante el resto de la noche.

La mañana siguiente Varney cumplió muy temprano las funciones de camarero mayor y primer caballero, aunque no ocupaba sino esta última plaza en su casa, en donde los caballeros de buenas familias estaban revestidos de los mismos grados que los primeros nobles del reino en la del rey. Los deberes de todos estos cargos eran familiares á Varney que, descendiendo de una antigua familia casi arruinada, habia sido page del conde cuando empezó este su carrera. Le habia sido fiel en la adversidad, habia sabido serle útil cuando el conde marchaba con pasos rápidos en el camino de la fortuna, y se habia establecido de este modo, fundando su crédito en los servicios que habia hecho y hacia aun, de suerte que habia llegado á ser un confidente indispensable de su amo.

— Deme vm. un vestido sencillo, Varney, dijo el conde quitandose la bata de seda con flores, forrada de armiño, y encarguese vm. de todo esto, añadió mostrandole sus diferentes órdenes que estaban sobre la mesa: ayer noche me abrumaba su peso. Estoy casi resuelto á arrinconarlas: son grillos y cadenas que han inventado los bribones astutos

para aprisionar á los locos. ¿Que le parece á vm., Varney? ¿no digo la verdad?

— A fé mia, milord, pienso que las cadenas de oro en nada se parecen á las demas; y cuanto mas pesadas son, tanto mas agradable es su peso.

— Sin embargo, Varney, casi he tomado la resolucion de no dejarme encadenar mas largo tiempo en la corte. ¿Que puedo ganar con hacer nuevos servicios? ¿Que nuevo favor puedo obtener superior al rango y á la fortuna que poseo? ¿Que causa hizo caer la cabeza de mi padre? el no haber sabido moderar sus deseos. Bien sabe vm. que he corrido yo mismo muchos riesgos, que varias veces me he resbalado en el bordé del precipicio; casi he resuelto no confiarme al mar, y sentarme tranquilamente en la orilla.

— ¿Y coger allí conchas en compañía de Cupido? dijo Varney.

— ¿Que quiere vm. decir, Varney? dijo el conde con viveza.

— No se enfade vm., milord. Si la compañía de una esposa que ofrece una reunion de calidades tan raras, tiene para vm. tantos encantos, que para gozar de ellos con mayor libertad quisiese vm. renunciar á todo lo que ha sido hasta ahora el objeto de sus deseos, algunos pobres empleados en su servi-

cio podrán sentirlo , pero Ricardo Varney no será uno de ellos. Gracias á la bondad de vm. , tendrá siempre lo que necesite para sostenerse de un modo digno del puesto distinguido que ha ocupado en su casa de vm.

— ¡Y sin embargo se mostraba vm. descontento cuando hablaba yo de dejar una vida peligrosa que puede al fin arruinarnos á los dos?

— ¡Yo , milord! No tendré yo por cierto motivo alguno de sentir el retiro de su señoría. No será Ricardo Varney el que disgustará á su magestad y se hará la fábula de la corte , cuando el edificio mas elevado que se ha construido jamas sobre el favor de un príncipe se deshaga como un castillo de naipes formado por un niño. Todo lo que yo deseo , milord , es que ántes de dar un paso semejante , consulte vm. su felicidad y su reputacion.

— Hable vm. , Varney , continúe vm. , dijo el conde viendo que su favorito temia decir mas. He dicho á vm. que no he tomado aun un partido decisivo , y que quiero pesar con cuidado el pro y el contra.

— Pues bien , milord , supongamos dado ya el paso ; que no se trate ya del descontento del trono , de los sarcasmos de los cortesanos , de los gemidos de los amigos. Hallase vm. retirado en alguno de sus castillos mas le-

janos , tan desviado de la corte que no oye vm. ni los ayes de sus protegidos , ni la alegría de sus enemigos. Supongamos tambien que el rival afortunado de vm. querrá contentarse , cosa cuando menos dudosa , con cortar las ramas del gran árbol que le ha ocultado durante mucho tiempo el sol , en vez de abatirle y arrancarle de raiz. Pues bien , el antiguo favorito de la reina de Inglaterra , el que tenia el baston del mando , que hacia cuanto queria de los parlamentos , es ahora un caballero campesino , y se divierte en cazar en sus tierras , en beber su ale con sus vecinos , y pasar la revista de sus vasallos cuando lo ordena el gerif.

— ¡Varney! dijo el conde arqueando las cejas.

— Me ha ordenado vm. hablar , milord , y es preciso permitirme concluir la pintura. Sussex gobierna la Inglaterra ; la salud de la reina vacila , se trata de arreglar la sucesion ; la ambicion vé abrirse un camino mas hermoso de lo que hubiera podido imaginar : vm. llega á saber todo eso en su retiro. Empieza vm. entónces á pensar en las esperanzas frustradas , y en la nulidad á que se ha condenado. ¡Y por que? por poder admirar los ojos de una esposa hechicera mas á menudo que cada quince dias.